

Entre cielo y tierra – la voz del corazón

A la mayoría de nosotros ni se les ocurre, que la vida podía ser completamente diferente, si cambiáramos la calidad de la consciencia. Es todo lo que tenemos. Todo, lo que jamás tuvimos. Esto tal vez no sea evidente para alguno de nosotros, sobre todo si existen aspectos en la vida que, aparentemente, necesitamos mejorar. Pero cada experiencia que jamás hayas hecho, fue marcada por tu consciencia. Toda relación es tan buena o tan mala como es, gracias a tu consciencia. Si estás permanentemente enfadado, deprimida, despistado, insensible, no importa el éxito que tengas o con qué personas trates en tu vida, nada te hará feliz.

Los científicos que tratan de combinar la ciencia con la espiritualidad, tienden a cometer un significativo error. Pues parten, en general, de la base de una noción modesta de experiencia espiritual, suponiendo así, que debe de tratarse de una forma grandiosa de estados comunes de consciencia – de amor paternal, inspiración artística, respeto de cara al firmamento, pero siempre involucrando el ego del observador, estableciendo contextos espaciosos entre la experiencia subjetiva y las teorías aventureras de los límites de la física. Solo pocos científicos y filósofos han desarrollado profundas habilidades de la introspección. En realidad, la mayoría de ellos duda sobre la existencia de estas habilidades. Por otro lado, los grandes ‘contempladores’ no tienen ni idea de las ciencias naturales. Sin embargo, existe una conexión entre los hechos de las ciencias naturales y la sabiduría espiritual. Esta conexión es más directa de lo que podíamos suponer. Aunque el conocimiento que la meditación nos pueda aportar nos diga poco sobre la creación del universo, algunas verdades científicas y bien documentadas confirman: nuestra percepción convencional del “yo” es una ilusión. Nuestra manera de pensar tiene una directa influencia en la experiencia del mundo.

Tenemos que diferenciar la espiritualidad de la religión – simplemente porque la gente de toda creencia, así como los no-creyentes, han hecho el mismo tipo de experiencia espiritual. En efecto se interpretan estos estados de consciencia a través de una u otra creencia, pero sabemos que esto es un error. Nada de lo que pueda experimentar un cristiano, un musulmán o un hindú; el amor, éxtasis, la felicidad, la luz interior, que trasciende la consciencia del Yo – es una prueba de la veracidad de su creencia tradicional, porque estas convicciones no son lógicamente compatibles entre si. Aquí debe de estar actuando un ‘principio’ más profundo.

De este principio se trata. La sensación, a la que llamamos “yo”, es profundamente engañosa. No existe en el laberinto de nuestro cerebro. La sensación de que existiese algo semejante, asentado en algún lugar detrás de nuestros ojos, mirando hacia un mundo que está separado de nosotros mismos, se puede modificar o eliminar por completo. Aunque las experiencias de la autotranscendencia normalmente se describen en términos religiosos, no contienen nada irracional.

A menudo surge la pregunta, qué podía sustituir las religiones institucionalizadas. Creo que la respuesta es: nada y todo. Existe una necesidad de sustituir las creencias grotescas y polarizantes – por ejemplo, la imaginación que Jesús volviera a la tierra y lanzara a los no creyentes a un mar de fuego, o que la muerte como mártir, para el islam, sea el valor más alto. Estas son ficciones horribles e indignantes. ¿Pero qué pasa con el amor, la compasión, la bondad moral y la auto trascendencia? Muchos creen que la religión es el verdadero refugio de estas virtudes. Para cambiar esto debemos examinar el completo espectro de la experiencia humana, libre de los diferentes dogmas, así como ya es costumbre en los mejores enfoques científicos. También en la sociedad se encuentra a muchos buscadores. Finalmente buscamos el “cielo” allí, donde siempre ha estado - en nuestro interior. Pues allí se encuentra todo un

universo por descubrir. Hasta ahora solamente fue reconocido por los místicos. Si el 'cielo' se describiera, sería con símbolos y estos se transmiten por imágenes. Pero si los buscadores lo toman por hecho, caen. Tropezan con tradiciones empolvadas, que la sociedad moderna no puede descifrar, porque no habla el mismo lenguaje.

Todas las deidades, sus imágenes y estatuas fueron confinadas, por las instituciones religiosas, a un cielo, en el que nunca han habitado, ya que su verdadera morada es el corazón humano. Así mismo y más que nunca, mucha gente emprende el camino hacia la mística práctica. Los entornos para esto ya son víctima de un turismo de masa y de la comercialización. Los viajeros meditan a toda costa, rezan sin cesar y se sorprenden cuando su celeste deporte de alto rendimiento les hace tropezar. En vez de disolver su "yo" en Dios, disuelven a "Dios" en su propio ego. Un tipo de narcisismo espiritual y así, exactamente lo contrario de lo indicado originariamente.

¿Entonces, qué sentido tiene emprender un camino espiritual, meditar y rezar, sin saber si alcanzaremos el objetivo, consiguiendo, posiblemente, lo contrario cuando nos esforzamos? La respuesta es: ¡Sí, tiene mucho sentido, incluso sin pensar ni siquiera en un objetivo! Pues la mera experiencia del estado de contemplación es capaz de transformar a las personas a fondo. Es como un regalo de piedad, o como ganar en la lotería. ¿Pero quién quiere, realmente, ser transformado y disolver su "yo?"

Tenemos que evitar el error de convertirnos en esos turistas de los espacios místicos que no buscan los verdaderos valores, sino lo aprovechable: capitalistas en la fiebre del oro...

Gracias por tu atención
José Antonio Díaz Luis